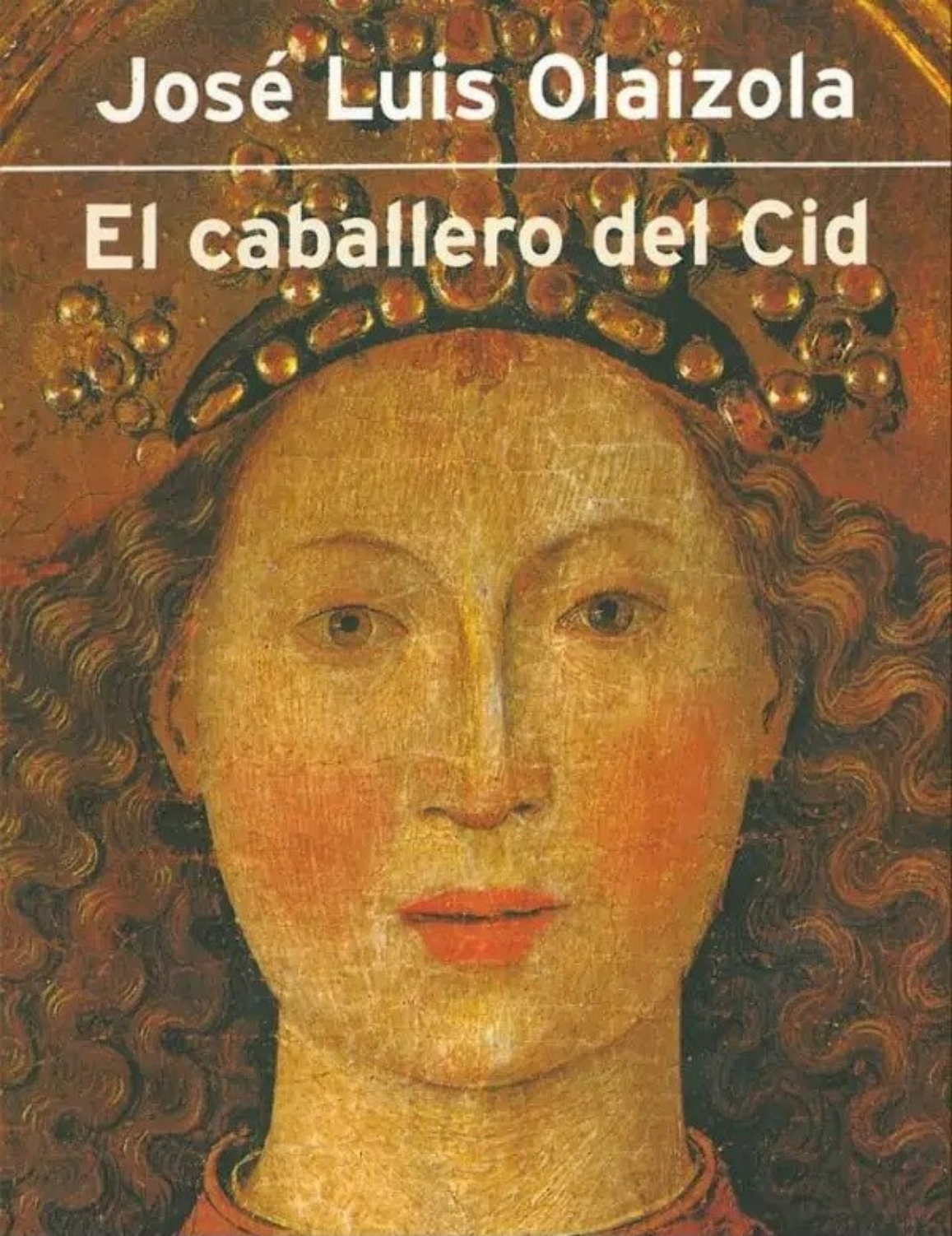


# José Luis Olaizola

## El caballero del Cid



Biblioteca José Luis Olaizola

Biblioteca  
**Online** 

# El caballero del Cid

José Luis Olaizola

## **El caballero del Cid**



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

El caballero del Cid  
© José Luis Olaizola, 2000  
© BibliotecaOnline SL, 2017  
Castillo de Fuensaldaña 4  
28232 Las Rozas Madrid  
(España)

Primera edición: Mayo de 2017

ISBN: 978-84-15998-69-3  
Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL  
Composición: BibliotecaOnline SL  
Impresión y encuadernación: CreateSpace  
Impreso en España-*Printed in Spain*

*A Jorge Bernard, conocedor de todas las artes de la  
caza, que me asesoró de lo que al respecto sucedía en  
el siglo XI*

# El caballero del Cid

Ésta es la historia de Efrén, el esclavo de las mesnadas del Cid, natural de Naciados, en tierras de Cáceres, cuyos habitantes estaban mal vistos porque se ganaban la vida vendiendo noticias en tiempos de guerra, que en aquellos años del siglo XI lo eran casi todos.

El oficio de vendedor de noticias consistía en ir de un bando a otro vendiendo a los señores información que les pudiera servir frente a sus enemigos. Era un trabajo en extremo peligroso ya que el Fuero Viejo los tenía por espías y permitía que fueran ahorcados, o decapitados, allá donde se los encontrara.

Efrén conoció al Campeador en una hondonada que hay por la parte de la sierra Madroñera en una ocasión en la que el de Vivar estaba en grandes apuros, con no más de una docena de jinetes a sus órdenes y rodeado por un ejército de moros y cristianos que se habían concertado para acabar con él. Efrén conocía bien esas quebradas porque, cuando no había noticias que vender, cuidaba de una piara de cerdos con los que en ocasiones se pasaba más de un mes fuera del pueblo en busca de pastos.

Mucho se había admirado de que por aquella tierra, que era más de moros que de cristianos, anduviera una partida de caballeros tan corta, aunque todos con aire muy aguerrido, los más montados sobre un caballo palafrén y con un escudero que les llevaba de la brida el caballo de combate. Estos eran de tales proporciones y hermosura que Efrén pensó que por montar uno de ellos sería capaz de vender su alma al diablo.

Bien pensado, no era necesario vender su alma al diablo; bastaría con vender la noticia a quien pudiera sacar provecho de la riqueza que a todas luces cantaban aquellas monturas y los que las montaban, con los gavilanes de sus espadas engastados en piedras preciosas.

Todo esto sucedía un atardecer de primavera muy templado y tan florido que los cerdos de la piara, sin moverse del

sitio, podían hartarse de bellotas y otros frutos silvestres de los que ellos gustan. Efrén dormitaba a la sombra de un robledal cuando oyó ruido de caballerías y se apresuró a azuzar a los cerdos para disimularlos en una quebrada, pues no era extraño que los hombres de armas depredaran el ganado que encontraban a su paso. A continuación, haciéndose pasar por un viajero, se acercó al camino y fue cuando advirtió tanta hermosura. Con la astucia que requería profesión tan peligrosa, dejó pasar el grueso de la tropilla y se incorporó a la estela de polvo que levantaban los caballos.

—¿De dónde sales, muchacho? —se alarmó el escudero que iba de cola al sentir pasos a su espalda.

—Voy de camino del santuario de la Virgen Blanca, que ella nos guarde —fue la respuesta de Efrén.

—Que así sea —le dijo el escudero sin quitarle ojo—. ¿Y de dónde sales tú con esos pelos?

—Los que Dios me ha dado, mi señor —respondió humilde Efrén, dándole un tratamiento que sabía que no le correspondía.

—Mira que de primeras pensé que eras una doncella, y no mal parecida —bromeó el escudero.

Esto lo decía porque Efrén tenía el cabello muy rubio, pues según la partera de Naciados nació albino, o tal parecía, pero cuando se hizo mozo se le puso de un color dorado muy codiciado por los moros de malas costumbres.

Cuando andaba por los montes, con los cerdos, traía el cabello muy descuidado, en largas guedejas que le llegaban hasta los hombros, pero cuando volvía al pueblo, Paciana, la partera, disfrutaba arreglándoselo, y de niño se lo peinaba como a una doncella, decía que por juego, aunque algún viejo, de los que bien conocían a la Paciana, le advertía: «Andate con ojo que ésa, a nada que pueda, presto te vende a un moro rico.» Un día, cuando Efrén ya había cumplido los doce años, le preguntó a la Paciana si eran ésas sus intenciones. La partera se consideraba con derechos sobre el chico porque no se cansaba de repetirle que, si vivía, era gracias a ella, que le sacó de un mal parto. «¿Ymi madre?», preguntaba Efrén, siempre con la ilusión de que cambiara el relato. ¿Su madre? A ésa ni la conocían en Naciados; llegó a la grupa de un caballo bayo, medio

desangrada, y aunque ella le puso emplastos de endrinas para cortarle la hemorragia, de poco sirvió, justo para darle tiempo de que naciera Efrén un 9 de junio, festividad de San Efrén, de ahí su nombre. «¿Y mi padre?», preguntaba Efrén, angustiado, cuando le llegó la edad de sufrir. «Un normando», le contestaba la Paciana, al tiempo que formulaba un conjuro contra la desgracia.

Los normandos, desde que en el año 1060 llegaron a la Península como portaestandartes del papa de Roma y se apoderaron de la ciudad de Barbastro, después de degollar en un solo día a la flor y nata de la caballería árabe, no menos de seis mil caballeros, estaban considerados como demonios. Bien es cierto que guerras tenía que haber, pues de ellas vivían muchas gentes, comenzando por los caballeros, que cuando salían triunfantes tenían derecho a despojar de todas sus pertenencias al vencido, el caballo, la espada y hasta la ropa, salvado lo que el decoro exigía; y siguiendo por los comerciantes judíos, que traficaban con ese botín, comprando y vendiendo armas y caballos y toda suerte de suministros, amén de los préstamos que hacían a los señores para poder armar sus huestes; más las pobres gentes que seguían a los ejércitos cargando cántaros de agua para vendérsela a los soldados, vaso a vaso, cuando el calor arreciaba; guerras tenía que haber, pero no eran aquéllos modos de hacerla entre pueblos civilizados pues, salvado lo que al honor atañía, en lo demás había que tener caridad con el vencido. De manera que decirle a Efrén hijo de normando era peor que llamarle hidepu-ta. «Por eso has salido tan rubio – le explicaba la Pacia-na–, por tu padre, que tu madre mora era, y por las trazas de buena cuna, como todas las del harén del cadí de Barbastro, que tenía fama de ser muy exquisito en su trato con mujeres.»

La Paciana, que se ganaba la vida no sólo con partos, conjuros y bebedizos, sino también contando historias, la del normando y la mora de Barbastro no siempre la contaba igual y a veces decía que aquel normando no debía de ser de los peores, puesto que cuando fueron expulsados de Barbastro por las huestes del Cid, en lugar de tomar el camino de Francia, como era de razón, se vino hacia el sur quién sabe si por dar gusto a su enamorada. Pero cualquiera que fuera la versión, cierto era que Efrén no tenía ni padre ni madre, y por eso la partera se consideraba con derechos sobre él. De su padre le contaba que fue tal su desesperación cuando murió su amada

que primero quiso matarla a ella, a la Paciana, como si tuviera alguna culpa en aquel mal parto, luego se quiso matar él, y por último huyó a galope tendido, y se rumoreaba que lo vieron vagar como alma en pena por sierras y collados, aunque otros decían que se había hecho ermitaño, y otros que se había puesto al servicio del rey moro de Sevilla. «¿Yde mí no quiso saber nada?», se condolía Efrén. En este punto, las versiones de la Paciana variaban según fuera su estado de ánimo, que dependía de un bebedizo que hacía con licor de ciruelos al que era muy aficionada. Cuando lo tomaba con medida se ponía tierna y le decía: «No lo tomes a mal, Efrén, según moría tu madre pensó que tú te ibas con ella, pues naciste tan justo de peso que ni un sietemesino. Si todavía vive ese desventurado, no sabe que es padre de un hijo tan cumplido.» Y de paso le insistía cuánto le debía a ella, que lo libró de la muerte criándolo a sus pechos. De muy niño esto no le extrañaba a Efrén, pues pensaba que tal era la función de los pechos de toda mujer, fuera casada o soltera. Cuando se hizo un poco más mayor y se adentró en los misterios de la vida comenzó a no entender, pues a la Paciana no se le conocían amores ni condición alguna para ser nodriza.

Pero cuando la mujer bebía de más se ponía muy desagradable y le decía a Efrén que su padre no quiso saber nada de él por considerarlo responsable de la muerte de su madre, y si no fuera por ella le hubiera asfixiado con sus propias manos.

En todo caso quedaba claro que le debía la vida, y cuando cumplió los doce años decidió cobrarse la deuda razonándole así: «Tu única gracia es el color de tus ojos azules y ese pelo dorado, tan del gusto de quien yo me sé. Para hacer la guerra no sirves, tan corto de fuerzas como andas, y para andar cuidando cochinos tampoco, delicado como eres.» Y se pusieron camino del reino de Granada, en el que conocía a un gran señor que en su harén tenía lo mismo cantoras que cantores, pues por ambos mostraba igual afición. «Pero yo no sé cantar», le advirtió Efrén con el candor de sus pocos años. «No cuides de eso –le tranquilizó la mujer–, que otros cantarán por ti.» Y durante el viaje, que les llevó quince días, le fue aleccionando sobre cómo los grandes señores se cansaban antes de las mujeres que de los mancebos, y que si éstos se daban maña, medraban mucho a su amparo, y le contaba casos de jóvenes que habían llegado a ministros, y hasta que habían terminado con reino propio. «Espero que entonces te acuerdes de esta pobre mujer y de todo lo que estoy haciendo por ti», le decía.

Cuando le explicaba la clase de atenciones que se esperaban de él para acceder a tan altos cargos a Efrén se le encogía el corazón y le objetaba: «A mí no me va a gustar hacer eso.» «¿Y cómo lo sabes si no lo has probado nunca?», le replicaba la mujer.

Pero cuando lo probó se confirmó en que no le gustaba y se dio a la fuga. La Paciana le había dejado en un palacete, a orillas del Darro, que bajaba con aguas muy frescas de la sierra nevada, y que pertenecía a uno de los visires más principales del rey de Granada. Era tanta la belleza de sus jardines, con fuentes cantarinas por doquier, todo tan distinto de las asperezas de Naciados, que Efrén creyó estar soñando. El visir se mostró amable con él y mandó a los eunucos del harén que lo vistieran y alhajaran como se merecían sus gracias. Y fue uno de estos eunucos, el más viejo de todos, quien le ayudó a huir a la tercera noche, y eso que el visir no había pasado de unas caricias inocentes, no muy distintas de las que hacía a sus perros. «Si por tan poca cosa lloras —le dijo el eunuco—, mejor será que vayas pensando en darte muerte, pues los tientos no han de acabar ahí.» Y le contó el caso de un mancebo que no se había hecho a aquellas costumbres y, desesperado, se había atado una piedra al cuello y lanzado a una poza del río que había aguas arriba. Pero el hombre, compadecido de su juventud, le aconsejó: «Para quitarte la vida siempre estarás a tiempo. Anda a ver si tienes suerte y puedes escapar.» Y le explicó el mejor modo de hacerlo, proveyéndole de comida para varios días y de unas monedas de plata, de la acuñación de Toledo, que eran bien recibidas en todos los reinos de España.

Siguiendo el consejo del eunuco, evitó las vegas de los ríos, siempre concurridas, y tiró sierra arriba hasta alcanzar la parte de las nieves, de las que poco sabía por ser insólitas en Naciados. Llegó a ellas después de caminar durante una semana, muy contento de haber acertado a dar con aquellas soledades en las que difícilmente podrían encontrarle.

Era un día de otoño avanzado, muy soleado, y aquellas primeras nieves, sueltas y vaporosas, más invitaban a jugar que a otra cosa. Pero aquella misma noche se desató una tempestad que a poco le cuesta la vida. Sin apenas abrigo ni sitio don-

de refugiarse, no sabía Efrén lo que hacer de su persona, hasta que encontró una cárcava y en ella se metió aterido, sin acertar a discurrir, ¡y cierto que de aquélla no salía, pues en su ignorancia aquel aparato de relámpagos y golpes de nieve, con su parte de pedrisco, se le imaginó que era el fin del mundo.

El siguiente día amaneció no menos bravo, y aunque intentó salir de la cárcava, no pudo porque los pies no los sentía y otro tanto le sucedía con las manos. Sólo le quedaban fuerzas para llorar, y se hubiera muerto, entregado como estaba, si no llega a aparecer un mulero de los que acarreaban nieve para los palacios del rey. De primeras, a Efrén le pareció un fantasma, pues tal parecía en medio de la ventisca que no cesaba, todo él cubierto con una manta, con un solo orificio para los ojos, y tirando de una recua de muías de poca alzada. Pensó que era la muerte que venía en su busca y se dispuso a rezar una oración, que en parte era conjuro, que la Paciana le había enseñado para tales ocasiones.

Entró el hombre en la cárcava, en busca de resguardo, y no advirtió la presencia de Efrén hasta que encendió la hoguera para calentarse. Se llamaba Temin y era un moro natural de Málaga que se ganaba la vida almacenando nieve en las cuevas de la Alhambra. Por ser muy ducho en la montaña y en sus males, pronto se dio cuenta del que padecía Efrén, quien así que vio el fuego pretendía meter sus manos entre las llamas como remedio contra aquel terrible frío que le estaba horadando los huesos.

—¡Alto ahí! —bramó Temin, y, como si estuviera enfurecido con aquel intruso, tomó a Efrén por el cuello, lo sacó fuera y comenzó a golpearle al tiempo que las manos y los pies, que los tenía amoratados, se los restregaba con nieve, con tal vigor que al muchacho le parecía que le estaba desollando con afilados cuchillos.

—¡Por Alá, os ruego —suplicaba Efrén con las pocas fuerzas que le quedaban—, dejadme morir, o dejadme marchar, pero no sigáis más!

Efrén invocó a Alá porque se dio cuenta de que su verdugo moro era, que si fuera cristiano habría invocado a Cristo, por ser costumbre entre los vendedores de noticias dar gusto a unos y a otros en sus creencias. Pero Temin, sin hacer caso de sus lamentos, siguió con su quehacer, y cuando lo consideró

oportuno le obligó a entrar en la cárcava y meter sus manos en la parte más caliente de una de las muías, que en el acto se orinó; aquel cálido líquido, como luego le explicó, era el mejor remedio contra el mal del hielo.

—¡Pero nunca se te ocurra —le reprendió severo— poner las manos en el fuego si te ves en otra como ésta!

Con paciencia, el hombre cuidó de recoger orín de las otras bestias, que en conjunto eran cuatro, para lo cual las provocaba poniéndoles nieve en sus partes, y con aquel líquido cuidó también de sus pies. Cuando la sangre volvió a circular por sus inertes extremidades el dolor le hacía sollozar, con gran contento de Temin, que le animaba:

—Da gracias al Altísimo, que tanto dolor señal es de que la sangre vuelve a sus cauces, que de no sentirlo podías darte por muerto, o con suerte cojo y manco de por vida, eso en el caso de que yo acertase a cercenarte pies y manos.

La tormenta duró dos días, al cabo de los cuales lució un sol tan esplendoroso que al principio, cegado por su reverbero, Efrén no se hacía a admirar tanta hermosura como la que le rodeaba por doquier. El pico nevado de la sierra emergía de entre un mar de nubes, de manera que todo aquello al muchacho no le parecía cosa de este mundo. Según avanzaba el día, aquellas nubes también se disiparon, y Temin le dijo que si aguzaba la vista, desde allí se podía distinguir el Generalife del rey zirí.

—¿Cómo podré pagaros lo que habéis hecho por mí? —le preguntó Efrén que, como todos los de Naciados, estaba muy bien enseñado a ser cortés con los extraños, por razones de conveniencia.

—Ayudándome a cargar las muías, con premura, antes de que vuelvan los vientos.

Se pusieron a la tarea de hacer bolas de nieve, todas del mismo tamaño, bien prietas, que las ponían al sol para que se aguasen un poco por la parte de fuera y por la noche se helasen. Así endurecidas, las colocaban en serones, a la sombra, y las bolas se apegotaban las unas con las otras hasta formar blo-

ques de hielo. Para este quehacer, el mulero se servía de unos guanteletes de cuero, viejos, como los que usaban los guerreros.

Este trabajo les llevó tres días, pero uno de ellos lo dedicaron a la caza de una cabra salvaje, que con sus saltos de risco en risco parecía provocarlos a que fueran a por ella. En esta tarea los ayudó un hombre viejo, que fue quien puso la flecha de la que se sirvieron para herirla de primeras. Se llamaba Maksan y era un pastor trashumante que cuando llegaban las nieves se trasladaba con su rebaño de carneros a los pastos de la ladera sur de la sierra, hacia la parte de las Alpujarras, llegando a veces hasta la misma orilla del mar, porque allí le pagaban mejor las crías de su rebaño. En esa trashumancia se topó con Temin, a quien conocía de tiempos atrás, y fue cuando se concertaron en cazar la cabra y partirla por mitad.

La caza era privilegio real, tanto de reyes moros como cristianos, o de sus visires, condes, cadíes o alféreces, estando vedada a los vasallos bajo pena de muerte. Pero como a aquellas alturas nunca llegaban los guardias reales no había mayor peligro en intentarlo.

Con Maksan, con el que habría de convivir cinco años, se inició Efrén en la pasión de perseguir animales salvajes que nunca habría de abandonar. En aquella primera oportunidad se pasaron toda una noche al acecho, y con la alborada, cuando la cabra y su pareja saltaban de un risco a otro, como en un juego, esperaron el momento oportuno para que Maksan tensara el arco y lanzase la flecha sobre el macho que, más confiado, se pavoneaba luciendo su airosa cornamenta. Le acertó en una paletilla, no lejos del corazón, y por la sangre que iba dejando en su huida no les fue difícil seguir el rastro, aunque estuvieron en trance de perderlo cuando el animal se metió por unas brañas muy tupidas y los dos hombres, ya sin resuello, se encontraban sin fuerzas para continuar la persecución, mas no así Efrén, que siguió a plena carrera, brincando cuando era preciso, y sin cuidarse de los espinos que le arañaban hasta hacerle sangrar. Cuando por fin lo vio recostado contra un quejigo, entregado, tomó un canto afilado y con mucho tiento se acercó por detrás y lo terminó de rematar golpeándole en el colodrillo. Tardarían todavía un buen rato en aparecer Temin y Maksan, y el primero, al ver la piedra ensangrentada en manos de Efrén, determinó:

–Como la pieza a la postre ha sido suya, haremos tres partes: dos para nosotros y una para ti.

–Sea–admitió Maksan–, que aún me faltan dientes para comerme la parte que me toca.

Aquella noche asaron un cuarto trasero y Maksan le dijo a Efrén:

–Tú no eres de por aquí, y por el color de tu pelo más pareces cristiano que moro.

–Mora era mi madre –contestó Efrén, evasivo, con la boca llena.

–¿Y tu padre?

Efrén se encogió de hombros, siguió comiendo y, al cabo de un rato, dijo a modo de aclaración:

–Soy de Naciados, y allí somos de unos y de otros.

–Lejos cae eso –prosiguió Maksan– y esas vestiduras que luces no parecen propias de quienes se ganan la vida, de acá para allá, trayendo y llevando cuentos. ¿Cuál es el que te traes tú entre manos?

Estaba Efrén para cumplir los doce años y, aunque muy alto para su edad, por dentro andaba muy tierno, sin malicia alguna, y como notara un punto de cariño en el modo de preguntar el viejo se echó a llorar y contó de pe a pa las penas que estaba pasando. Los dos hombres le escucharon en silencio, y cuando terminó le dijo Temin:

–Tengo para mí que ese eunuco te ha hecho un flaco servicio, que a todo se acostumbra uno, y es más fácil acostumbrarse a ser el favorito de un visir que a andar con estas miserias.

Por su parte, Maksan comentó:

–Hecho está y solución ya no tiene, que si volvieras a saber lo que te aguardaba, que ser visir y bujarrón a un tiempo mala cosa es, y nada bueno se puede esperar de quien tiene mucho poder y malas inclinaciones. ¿Qué piensas hacer? ¿Volver a Naciados?

—Allá estará la Paciana —contestó Efrén, sobreentendiéndose lo que se podía esperar de tan desvergonzada mujer.

—Entonces habrá que discurrir —dijo Maksan—, y ahora ya es tiempo de dormir.

La cárcava era de buen tamaño y en ella metieron las muías y los carneros, y fue la primera noche en mucho tiempo que Efrén se sintió arropado en su sueño por la calidez de las bestias y el interés que por su suerte mostraron el mulero y el cabrero.

Era tanta su fatiga que cuando despertó al otro día el sol, que continuaba luciendo muy hermoso, ya estaba en todo lo alto. Salió fuera y vio a Maksan que, no lejos de allí, cuidaba de que sus carneros ramoneasen las puntas de los arbustos que asomaban entre la nieve. De Temin no había señales.

—¿Has echado en falta algo? —le preguntó el viejo después de desearle los buenos días y todo género de venturas para la jornada que comenzaba.

No entendió Efrén el sentido de la pregunta hasta que Maksan le aclaró:

—A mí me falta la parte de la cabra que cazamos ayer, y de la tuya tampoco veo muestras por aquí.

Y le explicó que, cuando todavía era de noche, oyó a Temin trajinar con las muías, pero no se malició sus intenciones. Se había marchado, sin despedirse, y llevándose la pierna entera, y le volvió a insistir al chico:

—¿Y a ti no te falta algo más?

—¿Y qué me puede faltar? —se extrañó Efrén tentándose la ropa.

—¿No nos hablaste ayer de unas monedas de plata que te dio el eunuco de buen corazón?

Estas las había puesto en una faltriquera de cuero repujado, bien sujeta a la cintura, y allí seguía el cuero, pero no las monedas. Mucha confianza había puesto Efrén en ellas para un

caso de apuro y, sin embargo, le salió de lo más hondo el decirle al viejo:

–Si me las hubiera pedido, se las habría dado con gusto pues en más tengo mi vida, que a saber si a estas horas la conservaría de no haber recibido su ayuda.

Esta salida agradó al viejo, quien le dijo que, de seguir razonando así, llegaría a ser un buen hijo del islam. Maksan era un moro piadoso que a sus horas hacía la oración de cara a La Meca y tenía en mucho las prescripciones del Corán.

–¿Y qué puedo hacer ahora? –le preguntó angustiado Efrén.

–De momento ayudarme a cazar otra cabra, que gracia no te falta a ti para ese menester.

Cazaron no una, sino muchas cabras durante aquellos años que anduvieron trashumando el ganado desde la sierra hasta el reino de Motril, discurriendo por las Al-pujarras. Al cumplir los catorce años ya le sacaba una cuarta de estatura a su protector, y en cuanto al manejo del arco se daba tanta maña que Maksan le dijo:

–Yo voy para más viejo de lo que ya soy y cualquier día me puede llegar la muerte...

–La muerte –le interrumpió Efrén– está en manos de Alá, y no entiende de edades, y nos puede llegar a cualquiera.

–Ciertas son tus palabras, pero no es menos cierto que los jóvenes mueren a veces y los viejos siempre. ¿O es que acaso conoces de algún viejo a quien no le alcance la muerte?

Y de paso le trajo a colación citas del Corán que abonaban lo dicho, pues el hombre procuraba instruirle en la verdadera fe y Efrén le escuchaba con gusto, pero sin manifestarse, ya que, como tantos otros de los naturales de Naciados, no estaba seguro de si era moro o cristiano, ni si le convenía ser lo uno o lo otro, en el caso de que se decidiera a seguir el oficio de vendedor de noticias.

Después de estas reflexiones, a las que tan dado era el pi&doso varón, le razonó que con el arte que se daba en el

manejo del arco podría encontrar buen acomodo en la corte de Sevilla, cuyo rey Motámid estaba armando un ejército para resolver un pleito que se traía desde tiempo atrás con su primo, el rey de Almería. Efrén le escuchaba, le daba las gracias por el consejo, pero no se mostraba dispuesto a cambiar aquella vida por la de arquero de un rey moro, que en aquellos comienzos del milenio andaban siempre dirimiendo rencillas entre ellos, y de ahí les vino la perdición.

La vida que llevaba con Maksan no podía ser más de su gusto, siempre por las trochas tras las piezas, tanto de pelo como de pluma, porque pronto advirtió que su protector se servía del rebaño como salvaguardia para andar por los montes sin despertar sospechas en tantos guardias reales como había en los diversos reinos de taifas de la costa del Mediterráneo, cuyos señores se consideraban con derecho de caza exclusivo sobre su territorio, no siendo extraño que por un ciervo o un jabalí se enzarzasen en una guerra.

—Mira, hijo —le razonaba Maksan—, que la paz de los pueblos está en que se respeten los territorios de los que son señores por gracia del Altísimo, y los que no tenemos territorios debemos respetar los de todos y hacer en ellos el menor daño posible, siempre salvada la necesidad primera de no morir de hambre.

Para no morir de hambre era para lo que cazaban, con mesura pero sin pausa, y con los sobrantes hacían trueques con los pobladores de las partes bajas de la sierra, de modo que nunca les faltaba pan de centeno, frutas y verduras. Ni tampoco monedas de oro o plata, porque había ocasiones en que algún hortelano rico les solicitaba una pieza de caza mayor para festejar un acontecimiento, y en tal caso les pagaba en dinero. En este punto, el viejo Maksan era una mezcla de codicia y desprendimiento; le brillaban los ojos a la vista del oro, y de ningún modo hacía partícipe de los dineros a Efrén, quien ni tan siquiera sabía dónde los guardaba. Pero si se enteraba que alguno de sus amigos de las Alpujarras estaba pasando una necesidad, acudía en su ayuda y si era preciso se quitaba de comer por dárselo a él. Y si alguna mujer daba a luz, se consideraba obligado a agasajarla para que pudiera sacar adelante al recién nacido.

—Efrén —le decía—, me han llegado nuevas de que la segunda esposa de Ben Alasí ha tenido un hijo, que Alá se lo

consERVE, y pongamos de nuestra parte lo que esté a nuestro alcance.

Ya su alcance estaban las perdices, que solían cazarlas al reclamo; o, según el tiempo del año, palomas torcaces, que a éstas las cazaban con red. El poderío de Efrén era tan creciente que en los meses de calor se mostraba capaz de cazar las perdices a la carrera, lo cual producía tal embeleso a Maksan que se deshacía en alabanzas al Altísimo por haberle concedido semejante báculo para su vejez. Y en una ocasión en que Efrén se hizo el dormido a la sombra de un olivar, con el arco bien tensado, y cazó al vuelo una paloma en su remontada, se puso de rodillas de cara a La Meca con lágrimas en los ojos.

Pero nada fue comparable al día en que Ibn Sahl, hombre adinerado, dueño de tierras y almazaras en la serranía de Lújar, les demandó un jabalí para festejar el nacimiento de su hijo único varón, después de que sus diversas esposas dieran a luz sólo niñas.

—Tendrá que ser una cabra o, a lo más, un ciervo, mi señor —le dijo respetuoso Maksan—, porque es tiempo de celo para los jabalíes y de ningún modo conviene acercarse a ellos.

Pero Ibn Sahl insistió en que había de ser jabalí, y macho, porque su mujer había tenido un sueño en el que se le decía que eso era lo que convenía para que el niño creciera con todos los atributos de la virilidad, que se presume en tal especie animal.

—No fíes de sueño de mujer —le replicó humilde Maksan—, que las hay que hasta sueñan despiertas sólo para lo que les conviene.

—¿Y por qué no he de creer en ella? —se enfadó Ibn Sahl, que estaba muy encaprichado con ésta, su más joven esposa—. ¿No me dijo que lo que llevaba en su vientre varón era, y acertó? —Y para provocarle, prosiguió en tono desdeñoso—: ¿Qué ocurre, Maksan? ¿Te encuentras ya viejo para cazar el jabalí?

—Puede que no os falte razón, mi señor. Si estoy viejo hasta para vivir, ¿cómo no he de estarlo para cazar el jabalí? —le respondió Maksan con la paciencia que convenía mostrar con los que eran más poderosos.

A estas conversaciones asistía Efrén a prudencial distancia de su protector, como si se tratara de un criado que no

debe enterarse de lo que habla su principal. Pero cuando se apartaron le recordó que no lejos de allí había una laguna a la que iban a abreviar una punta de jabalíes, y que dentro de dos noches sería de luna llena, muy propia para cazarlos.

—¿Cazar un jabalí en celo y en noche de luna llena? —se escandalizó Maksan—. Deja semejante disparate para un almorrávide loco y no tientes a la providencia. Y en cuanto a Ibn Sahl, ojalá sea cierto el sueño de su mujer y su hijo le salga bujarrón, porque jabalí no va a tener.

Pero lo tuvo porque a Efrén le entró una comezón que no le dejaba ni comer ni dormir, y hasta en sueños se veía cazando a la bestia prohibida. Prohibida por el miedo, pero no por las autoridades reales, que condescendían en que los campesinos le dieran caza cuando destruía sus huertas y sembrados.

Y la noche de luna llena, moviéndose con gran sigilo para no despertar a quien consideraba su amo, y en público así lo nombraba, tomó el arco y las flechas, más un astil rematado en una punta de hierro aguzado, y se fue caminando hasta la laguna distante tres leguas. La luna le servía para no equivocarse el camino, pero la caza pensaba acometerla con las primeras luces del día, como así fue.

Bajaron los cochinos en alborotado tropel, peleándose los machos como es habitual cuando andan en celo, y Efrén se fijó en uno viejo, corpulento y de colmillos alunados, al que le entró a favor del viento, temblándole las piernas y encomendándose a Nuestra Señora del Buen Amparo, porque cuando se encontraba en un aprieto no dudaba de que era cristiano, ya que como tal había sido bautizado. Le disparó una flecha buscando la parte más tierna del codillo, por donde tienen el corazón, y la saeta entró tan suave que apenas el animal dio un respingo, hasta que sintió el dolor y entonces lanzó un berrido que sirvió de advertencia a los otros, que después de husmear arriba y abajo emprendieron la retirada. El herido se aprestó a seguirlos y Efrén tentó de impedirselo lanzándole una segunda flecha que sólo le acertó en un cuarto trasero, lo que pareció ofender al animal más que la primera, revolviéndose como queriendo saber de dónde le venía tanto mal, para tomar venganza. Embistió la fiera con furia y Efrén se hizo a un lado y le clavó el astil en los costillares, dando con él en tierra. Ya se disponía a cantar victoria, ciego como estaba por la emoción del logro, cuando el animal tuvo fuerzas para enderezarse, dispuesto a

atacar a su agresor, quien no tuvo necesidad de encaramarse al árbol más próximo porque en ese mismo momento Maksan, por detrás, lo apuntilló con una hachuela que manejaba con singular destreza.

Efrén salió de su pasmo merced a un terrible bofetón que le asestó Maksan con todas sus fuerzas.

—¿Cómo te has atrevido a desobedecerme? ¿No te dije bien claro que no habíamos de cazar el jabalí? —le reprendió colérico.

—Sí, mi amo —dijo Efrén con aire sumiso y contristado, aunque por dentro le seguía bullendo la alegría de ver tendido a sus pies a aquel soberbio animal—. ¿Y cómo es que habéis llegado hasta aquí?

—Porque te conozco y bien advertí que desde que Ibn Sahl dijo que quería jabalí no te podías quitar la idea de la cabeza. Por eso, esta noche de luna llena, por la que tú manifestaste tus preferencias, estaba ojo avizor.

—¿Y por qué no me lo impedisteis, puesto que me sentisteis? —se lamentó Efrén, que ya empezaba a notar en su carrillo el efecto del bofetón.

Maksan se quedó reflexivo, se le fue transformando el rostro, hasta adquirir un aire de embeleso, y le razonó así:

—El hombre es efímero e hijo del instante. Aquel a quien guste disfrutar las delicias de este mundo debe aprovechar cuantas facilidades encuentre para satisfacer su apetito. ¿Y puede haber delicia mayor que cazar un jabalí en noche de luna llena? ¿Podía yo privarte de semejante placer?

—¿Y, entonces, el bofetón, mi amo?

—Para que aprendas que todo placer prohibido lleva consigo el correspondiente castigo, y puesto que te prohibí cazar, merecías ese castigo, que es cosa de poco en comparación con los que te llevarás cuando pretendas asomarte a placeres que, por más deleitosos, son más prohibidos todavía.

Era tanto el peso del jabalí alunado que Ibn Sahl les tuvo que dejar una muía para que lo pudieran acarrear, y les pagó

una moneda de oro, que Maksan hizo desaparecer con presteza en su faltriquera. Y como Efrén se le quedase mirando, como si alguna parte le correspondiera en aquella monedita, el viejo le dijo:

—A ti te basta con la gloria de la hazaña que has cometido con la sola ayuda de un astil, pues no se conoce de ningún mancebo de tu edad que haya hecho otro tanto.

Habían de pasar lustros antes de que Efrén tomara conciencia de lo mucho que le sirvieron aquellos años en los que discurrió por bosques, sierras y quebradas en compañía de Maksan. Mientras otros jóvenes de su tiempo llevaban una vida regalada, o mísera, según fuera la condición de sus padres, él nadaba en la abundancia de aventuras sin fin. Se acostumbró a dormir bajo las estrellas en noches de bonanza, o en cuevas o cárcavas cuando llegaban los fríos, y a levantar cabañas de retamas, junqueras o carrizos, según fuera el lugar donde les pillaban las tormentas.

Se aprendió el Corán de tanto oírsele nombrar a su amo, y a mentir cuando era menester, sin por eso faltar a la ley de Dios y de Mahoma, su profeta. Aprendió a sacar muelas, que era otra de las gracias de Maksan, y no de las menos apreciadas, con no mucho dolor gracias a un bebedizo que se fabricaba con la flor de la adormidera. Aprendió a cuidar del ganado, pese al desprecio que sentía por los animales domésticos, y a ordeñar cabras hasta sacarles la última gota de su leche. Y de caza poco tuvo que aprender porque la llevaba tan dentro de sí que, bien se sirviera de flechas, lanzas, redes, trampas o halcones de cetrería, siempre daba a la pieza alcance. De algunas se compadecía y las soltaba, o trababa una relación con ellas que parecía cosa de brujería. Un invierno tan crudo que hasta en la costa del reino de Granada se dejaron ver los copos de nieves, mataron una loba, y en su guarida dieron con dos lobeznos, a los que Efrén sustentó con leche de cabra, y que ya lobos crecidos le seguían a todas partes, como si fuera su madre. Esto de dar de comer a las crías, para que lo tomaran por su madre, lo hizo también con un par de aguiluchos de manera que cuando llegaban a un poblado flanqueados por los dos lobos y sobrevolándoles dos soberbias águilas reales los lugareños se

inclinaban respetuosos a su paso, como si se tratara de faquíes, señalados por el dedo del Profeta. Era tanto el halago que sentía en estas ocasiones que Maksan le advertía:

—No fíes de las glorias humanas, que siempre son perecederas; y los mismos que hoy te reciben con palmas mañana lo harán con piedras a nada que uno de tus lobos tiente a sus ovejas.

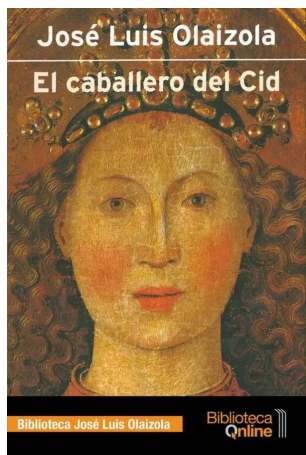
Algo de eso sucedió y tuvo que deshacerse de los lobos, otro invierno muy frío en que comenzaron a desbaratar rebaños. Les dio suelta, pero noches había que volvían junto a él con los hocicos sangrientos por sus fechorías, pero no por eso en su presencia dejaban de portarse como mansos corderitos, atendiendo a cuanto les decía, hasta el punto que entre los lugareños se corrió la voz de que entendía el habla de los animales salvajes. Esta fama le venía, en parte, por la gracia que se daba en entenderse, tanto en la lengua de los cristianos como en la de los árabes, y no sólo en la más culta de los moros de Granada, Córdoba y Sevilla, sino también en la más ruda de los berberiscos y lamtunís, descendientes de Al-manzor, que andaban desperdigados por aquellos pagos.

Maksan, que, salvada su obsesión por las monedas de oro y plata, en lo demás era muy desprendido de su persona e intereses, cada poco tiempo le hacía ver a Efrén que aquél no era modo de vida para un joven y que debía mirar por su porvenir.

Efrén entendía que no podía haber porvenir más deleitoso que el vivir siempre así, pero por respeto asentía a las consideraciones de su protector, aunque poco decidido a ponerlas por obra. Maksan le animaba a dedicarse bien a la guerra, a las órdenes de un gran señor, bien al comercio, en tal caso por cuenta propia, y un día, con gran asombro de Efrén, le dijo:

—De hacerte comerciante, cuyo arte está en comprar bien para vender mejor, necesitarás dineros, pues el tintineo de las monedas de oro y plata ablanda el corazón del que tiene que vender, y algunas de esas monedas tengo yo reservadas por si las precisas.

# ¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *El caballero del Cid*, de José Luis Olaizola. Una novela histórica ambientada en la España del siglo XI, contada desde los ojos de Efrén, un joven de Naciados que acabará entre las mesnadas del Campeador. El libro completo te espera.

**Comprar el libro completo >**

[bibliotecaonline.es/el-caballero-del-cid](http://bibliotecaonline.es/el-caballero-del-cid)

## QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Un muchacho entre dos mundos.** Efrén, hijo de una mora y de un normando, crece en tierras de Cáceres sin saber si es moro o cristiano.
- **Un oficio peligroso.** Los vendedores de noticias se jugaban la vida en tiempos de guerra, yendo de un bando a otro.
- **La sierra y la caza.** Aprendizaje junto a Maksan: arco, cetrería, lobos y águilas, y una pasión por la caza que ya no le abandonará.
- **El encuentro con el Cid.** Efrén conoce al Campeador en un momento de grandes apuros, rodeado de un ejército de moros y cristianos.

*Novela histórica de la Biblioteca José Luis Olaizola.*

## Digital Reasons

[bibliotecaonline.es](http://bibliotecaonline.es)

[pedidos@bibliotecaonline.es](mailto:pedidos@bibliotecaonline.es)

ISBN (papel): 978-84-15998-69-3



Escanea para comprar